

Oscar Wilde

El Crimen de Lord
Arthur Saville

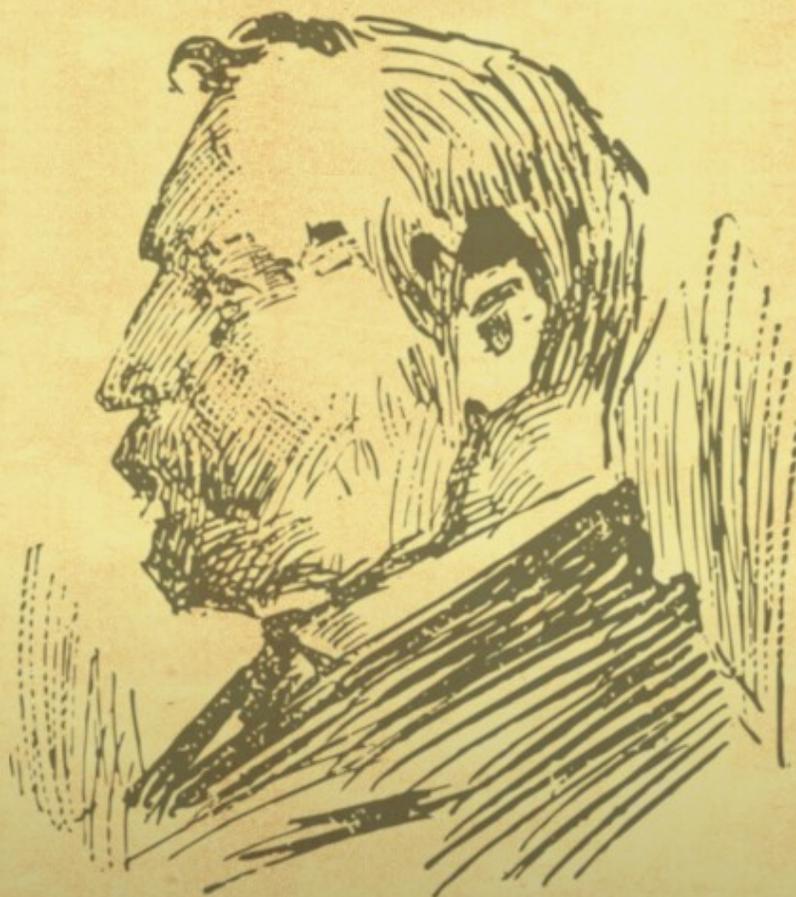


E LEJANDRIA



Oscar Wilde

El Crimen de Lord
Arthur Saville



E LEJANDRIA

EL CRIMEN DE LORD ARTHUR SAVILLE

UN ESTUDIO DEL DEBER

OSCAR WILDE

1887

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE

DOMINIO PÚBLICO

¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

CAPÍTULO I

Era la última recepción de Lady Windermere antes de Pascua, y Bentinck House estaba aún más concurrida que de costumbre. Seis ministros del gabinete habían llegado desde la tribuna de oradores con sus estrellas y cintas, todas las mujeres bonitas llevaban sus vestidos más elegantes, y al final de la galería de cuadros se encontraba la princesa Sofía de Carlsruhe, una dama de aspecto pesado y tártaro, con pequeños ojos negros y maravillosas esmeraldas, que hablaba mal el francés a gritos y se reía inmoderadamente de todo lo que se le decía. Era ciertamente una maravillosa mezcla de gente. Hermosas damas charlaban afablemente con violentos radicales, predicadores populares se codeaban con eminentes escépticos, un perfecto grupo de obispos seguía a una corpulenta prima-donna de una habitación a otra, en la escalera había varios Académicos Reales, disfrazados de artistas, y se decía que en un momento dado la sala de la cena estaba absolutamente abarrotada de genios. De hecho, fue una de las mejores noches de Lady Windermere, y la Princesa se quedó hasta casi las once y media.

En cuanto se hubo ido, lady Windermere volvió a la pinacoteca, donde un célebre economista político explicaba solemnemente la teoría científica de la música a un indignado virtuoso de Hungría, y se puso a hablar con la duquesa de Paisley. Se veía maravillosamente hermosa con su gran garganta de marfil, sus grandes ojos azules de nomeolvides y sus pesados bucles de cabello dorado. O pur eran, no ese pálido color pajizo que hoy en día usur-

pa el gracioso nombre de oro, sino un oro como el que se entreteje en los rayos del sol o se esconde en un extraño ámbar; y le daban a su rostro algo del marco de un santo, con no poco de la fascinación de un pecador. Era un curioso estudio psicológico. Desde muy temprano había descubierto la importante verdad de que nada se parece tanto a la inocencia como una indiscreción; y mediante una serie de escapadas temerarias, la mitad de ellas bastante inofensivas, había adquirido todos los privilegios de una personalidad. Había cambiado más de una vez de marido; de hecho, Debrett le atribuye tres matrimonios; pero como nunca había cambiado de amante, hacía tiempo que el mundo había dejado de hablar de escándalo sobre ella. Ahora tenía cuarenta años, no tenía hijos y tenía esa pasión desmedida por el placer que es el secreto para mantenerse joven.

De repente, miró ansiosamente alrededor de la habitación y dijo, con su clara voz de contralto: "¿Dónde está mi cheiromántico?".

"¿Tu qué, Gladys?", exclamó la duquesa, dando un respingo involuntario.

"Mi quiromántico, duquesa; no puedo vivir sin él en este momento".

"¡Querida Gladys! eres siempre tan original", murmuró la Duquesa, tratando de recordar lo que era realmente un quiromántico, y esperando que no fuera lo mismo que un quiropodista.

"Viene a ver mi mano dos veces por semana regularmente", continuó Lady Windermere, "y es de lo más interesante".

"¡Cielos!", se dijo la duquesa, "después de todo es una especie de cheiropodista. Qué horror. Espero que en todo caso sea un extranjero. Entonces no sería tan malo".

"Ciertamente debo presentárselo".

"¡Presentarle!" exclamó la duquesa; "¿no querrá decir que está aquí?" y empezó a buscar un pequeño abanico de concha de tortuga y un chal de encaje muy raído, para estar lista para salir en cualquier momento.

"Claro que está aquí; no se me ocurriría dar una fiesta sin él. Me dice que tengo una mano puramente psíquica, y que si mi pulgar hubiera sido un poco más corto, habría sido una pesimista empedernida y me habría metido en un convento".

"¡Oh, ya veo!", dijo la duquesa, sintiéndose muy aliviada; "¿dice la fortuna, supongo?".

"Y también las desgracias", respondió Lady Windermere, "cualquier cantidad de ellas. El año que viene, por ejemplo, corro un gran peligro, tanto por tierra como por mar, así que voy a vivir en un globo y a preparar mi cena en una cesta cada noche. Todo está escrito en mi dedo meñique, o en la palma de mi mano, no recuerdo cuál".

"Pero seguramente eso es tentar a la Providencia, Gladys".

"Mi querida duquesa, seguramente la Providencia puede resistir la tentación a estas alturas. Creo que todo el mundo debería tener las manos contadas una vez al mes, para saber lo que no hay que hacer. Por supuesto, uno lo hace igualmente, pero es tan agradable ser advertido. Ahora, si alguien no va a buscar al Sr. Podgers de inmediato, tendré que ir yo misma".

"Déjeme ir, Lady Windermere", dijo un joven alto y apuesto, que estaba de pie, escuchando la conversación con una sonrisa divertida.

"Muchas gracias, lord Arthur; pero me temo que no lo reconocería".

"Si es tan maravilloso como usted dice, Lady Windermere, no podría dejar de reconocerlo. Dígame cómo es, y se lo traeré de inmediato".

"Bueno, no se parece en nada a un quiromántico. Quiero decir que no es misterioso, ni esotérico, ni de aspecto romántico. Es un hombre pequeño y corpulento, con una divertida cabeza calva y grandes gafas con montura de oro; algo entre un médico de familia y un abogado rural. Lo siento mucho, pero no es mi culpa. La gente es tan molesta. Todos mis pianistas se parecen a los poetas, y todos mis poetas se parecen a los pianistas; y recuerdo que la temporada pasada invité a cenar a un conspirador espantoso, un hombre que había matado a mucha gente, y que siempre llevaba una cota de malla y un puñal en la manga de la camisa; ¿y sabes que cuando vino parecía un viejo y agradable clérigo, y estuvo contando chistes toda la noche? Por supuesto, fue muy divertido y todo eso, pero me decepcionó mucho; y cuando le pregunté por la cota de malla, sólo se rió y dijo que era demasiado fría para llevarla en Inglaterra. ¡Ah, aquí está el señor Podgers! Ahora, señor Podgers, quiero que le diga la mano a la duquesa de Paisley. Duquesa, debe quitarse el guante. No, la mano izquierda no, la otra".

"Querida Gladys, realmente no creo que esté bien", dijo la Duquesa, desabrochando débilmente un guante de cabritilla bastante sucio.

"Nunca nada interesante lo es", dijo Lady Windermere: "on a fait le monde ainsi. Pero debo presentarla. Duquesa, éste es el señor Podgers, mi quiromántico favorito. Señor Podgers, ésta es la duquesa de Paisley, y si usted dice que ella tiene una montaña de luna más grande que la mía, no volveré a creer en usted".

"Estoy segura, Gladys, de que no hay nada de eso en mi mano", dijo la duquesa con gravedad.

"Su Excelencia tiene mucha razón", dijo el señor Podgers, mirando la pequeña y gorda mano con sus cortos y cuadrados dedos, "la montaña de la luna no está desarrollada. La línea de la vida, sin embargo, es excelente. Tenga la amabilidad de doblar la muñeca. Gracias. ¡Tres líneas distintas en la rascette! Usted vivirá hasta una gran edad, duquesa, y será extremadamente feliz. Ambición muy moderada, línea de intelecto no exagerada, línea de corazón..."

"Ahora, sea indiscreto, Sr. Podgers," gritó Lady Windermere.

"Nada me daría mayor placer", dijo el señor Podgers, inclinándose, "si la Duquesa hubiera estado alguna vez, pero lamento decir que veo una gran permanencia del afecto, combinada con un fuerte sentido del deber."

"Por favor, continúe, señor Podgers", dijo la Duquesa, pareciendo bastante complacida.

"La economía no es la menor de las virtudes de Su Excelencia", continuó el señor Podgers, y Lady Windermere se echó a reír.

"La economía es algo muy bueno", comentó la duquesa con complacencia; "cuando me casé con Paisley, él tenía once castillos y ni una sola casa apta para vivir".

"Y ahora tiene doce casas, y ni un solo castillo", gritó Lady Windermere.

"Bueno, querida", dijo la duquesa, "me gusta..."

"La comodidad", dijo el señor Podgers, "y las mejoras modernas, y el agua caliente puesta en cada dormitorio. Su Excelencia tiene mucha razón. La comodidad es lo único que nuestra civilización puede darnos.

"Ha contado usted admirablemente el carácter de la duquesa, señor Podgers, y ahora debe contar el de lady Flora"; y en respuesta a un gesto de la sonriente anfitriona, una muchacha alta, de pelo escocés arenoso y hombros altos, salió torpemente de detrás del sofá y extendió una mano larga y huesuda con dedos espatulados.

"¡Ah, una pianista! Ya veo", dijo el señor Podgers, "un excelente pianista, pero quizás apenas un músico. Muy reservado, muy honesto, y con un gran amor por los animales".

"¡Muy cierto!" exclamó la Duquesa, volviéndose hacia Lady Windermere, "¡absolutamente cierto! Flora tiene dos docenas de perros collie en Macloskie, y convertiría nuestra casa del pueblo en una casa de fieras si su padre se lo permitiera."

"Bueno, eso es justo lo que yo hago con mi casa todos los jueves por la noche", exclamó Lady Windermere, riendo, "sólo que me gustan más los leones que los perros collie".

"Su único error, Lady Windermere", dijo el señor Podgers, con una pomposa reverencia.

"Si una mujer no puede hacer que sus errores sean encantadores, sólo es una mujer", fue la respuesta. "Pero debe leer algunas manos más para nosotros. Venga, Sir Thomas, muéstrole la suya al señor Podgers"; y un viejo caballero de aspecto genial, con chaleco blanco, se acercó y le tendió una mano gruesa y rugosa, con un tercer dedo muy largo.

"Una naturaleza aventurera; cuatro largos viajes en el pasado, y uno por venir. Ha naufragado tres veces. No, sólo dos veces, pero en peligro de naufragio en su próximo viaje. Un conservador fuerte, muy puntual, y con pasión por coleccionar curiosidades. Tuvo una grave enfermedad entre los dieciséis y los dieciocho años. Le dejaron una fortuna cuando tenía unos treinta años. Gran aversión a los gatos y a los radicales".

"¡Extraordinario!" exclamó Sir Thomas; "realmente debe contar la mano de mi esposa también".

"La de su segunda esposa", dijo el señor Podgers en voz baja, manteniendo aún la mano de Sir Thomas en la suya. "Su segunda esposa. Estaré encantado"; pero Lady Marvel, una mujer de aspecto melancólico, con pelo castaño y pestañas sentimentales, se negó por completo a que se expusiera su pasado o su futuro; y nada de lo que pudiera hacer Lady Windermere induciría a Monsieur de Koloff, el embajador ruso, a quitarse siquiera los guantes. De hecho, muchas personas parecían tener miedo de enfrentarse a aquel extraño hombrecillo con su sonrisa estereotipada, sus gafas de oro y sus ojos brillantes y brillantes; y cuando le dijo a la pobre lady Fermor, delante de todos, que no le importaba nada la música, pero que le gustaban mucho los músicos, la opinión general fue que la quiromancia era una ciencia muy peligrosa y que no debía fomentarse, salvo en un tête-à-tête.

Sin embargo, lord Arthur Savile, que no sabía nada de la desafortunada historia de lady Fermor y que había estado observando al señor Podgers con gran interés, sintió una inmensa curiosidad por que le leyeran la mano y, sintiéndose un poco tímido a la hora de presentarse, cruzó la sala hasta don-

de estaba sentada lady Windermere y, con un encantador rubor, le preguntó si creía que al señor Podgers le importaría.

"Por supuesto que no le importará", dijo Lady Windermere, "para eso está aquí. Todos mis leones, lord Arthur, son leones de actuación y pasan por el aro siempre que se lo pido. Pero debo advertirle de antemano que se lo contaré todo a Sybil. Mañana vendrá a almorzar conmigo, para hablar de bonetes, y si el señor Podgers se entera de que usted tiene mal carácter, o tendencia a la gota, o una esposa que vive en Bayswater, se lo haré saber sin duda".

Lord Arthur sonrió y negó con la cabeza. "No tengo miedo", respondió. "Sybil me conoce tan bien como yo a ella".

"¡Ah! Lamento un poco oírle decir eso. La base adecuada para el matrimonio es un malentendido mutuo. No, no soy nada cínico, simplemente tengo experiencia, que, sin embargo, es muy parecida. Sr. Podgers, Lord Arthur Savile se muere por que le lean la mano. No le diga que está comprometido con una de las chicas más bellas de Londres, porque eso apareció en el Morning Post hace un mes.

"Querida Lady Windermere", gritó la marquesa de Jedburgh, "deje que el señor Podgers se quede aquí un poco más. Acaba de decirme que debería ir al escenario, y estoy muy interesada".

"Si le ha dicho eso, Lady Jedburgh, ciertamente me lo llevaré. Venga de inmediato, Sr. Podgers, y lea la mano de Lord Arthur".

"Bueno", dijo Lady Jedburgh, haciendo un pequeño mohín al levantarse del sofá, "si no se me permite subir al escenario, se me debe permitir formar parte del público como sea".

"Por supuesto; todos vamos a formar parte del público", dijo Lady Windermere; "y ahora, señor Podgers, asegúrese de decirnos algo bonito. Lord Arthur es uno de mis favoritos especiales".

Pero cuando el señor Podgers vio la mano de lord Arthur se puso curiosamente pálido y no dijo nada. Un escalofrío pareció atravesarle y sus grandes y tupidas cejas se movieron convulsivamente, de una forma extraña e irritante que tenían cuando estaba desconcertado. Luego, unas enormes gotas de sudor brotaron en su frente amarilla, como un rocío venenoso, y sus gordos dedos se volvieron fríos y húmedos.

Lord Arthur no dejó de notar estos extraños signos de agitación y, por primera vez en su vida, él mismo sintió miedo. Su impulso fue salir corriendo de la habitación, pero se contuvo. Era mejor saber lo peor, fuera lo que fuera, que quedarse en esta horrible incertidumbre.

"Estoy esperando, señor Podgers", dijo.

"Todos estamos esperando", gritó Lady Windermere, con su rapidez e impaciencia, pero el quiromántico no respondió.

"Creo que Arthur va a salir a escena", dijo Lady Jedburgh, "y que, después de su regañina, el señor Podgers tiene miedo de decírselo".

De repente, el señor Podgers dejó caer la mano derecha de lord Arthur y se apoderó de la izquierda, agachándose tanto para examinarla que los bordes dorados de sus gafas casi parecían tocar la palma. Por un momento su rostro se convirtió en una máscara blanca de horror, pero pronto recuperó su

sangre fría y, mirando a Lady Windermere, dijo con una sonrisa forzada: "Es la mano de un joven encantador".

"¡Claro que lo es!", respondió Lady Windermere, "pero ¿será un marido encantador? Eso es lo que quiero saber".

"Todos los jóvenes encantadores lo son", dijo el Sr. Podgers.

"No creo que un marido deba ser demasiado fascinante", murmuró Lady Jedburgh pensativa, "es tan peligroso".

"Mi querida niña, nunca son demasiado fascinantes", gritó Lady Windermere. "Pero lo que quiero son detalles. Los detalles son lo único que interesa. ¿Qué va a pasar con Lord Arthur?"

"Bueno, en los próximos meses Lord Arthur se irá de viaje-

"¡Oh sí, su luna de miel, por supuesto!"

"Y perderá a un pariente".

"Espero que no sea su hermana", dijo Lady Jedburgh con un tono de voz lastimero.

"Ciertamente no es su hermana", respondió el señor Podgers, con un gesto despectivo de la mano, "un pariente lejano simplemente".

"Bueno, estoy terriblemente decepcionada", dijo Lady Windermere. "No tengo absolutamente nada que decirle a Sybil mañana. Hoy en día a nadie le importan los parientes lejanos. Pasaron de moda hace años. Sin embargo, supongo que será mejor que tenga una seda negra a su lado; siempre sirve para la iglesia, ya sabes. Y ahora vayamos a cenar. Seguro que se lo han comido todo, pero puede que encontremos algo de sopa caliente. François solía hacer una sopa excelente, pero ahora está tan agitado por la política que nunca estoy segura de él. Me gustaría que el general Boulanger se callara. Duquesa, estoy segura de que está cansada".

"En absoluto, querida Gladys", respondió la duquesa, caminando hacia la puerta. "He disfrutado muchísimo, y el quiropodista, quiero decir el quiromántico, es de lo más interesante. Flora, ¿dónde puede estar mi abanico de concha de tortuga? Oh, muchas gracias, Sir Thomas, tanto. ¿Y mi chal de encaje, Flora? Oh, gracias, Sir Thomas, muy amable, estoy segura"; y la digna criatura consiguió finalmente bajar las escaleras sin que se le cayera el frasco de perfume más de dos veces.

Durante todo este tiempo, lord Arthur Savile había permanecido de pie junto a la chimenea, con la misma sensación de temor, la misma sensación enfermiza de maldad que se avecinaba. Sonrió con tristeza a su hermana, que pasó junto a él del brazo de lord Plymdale, con un aspecto encantador en su brocado rosa y sus perlas, y apenas oyó a lady Windermere cuando le pidió que la siguiera. Pensó en Sybil Merton, y la idea de que algo pudiera interponerse entre ellos hizo que sus ojos se oscurecieran con lágrimas.

Al mirarlo, se hubiera dicho que Némesis había robado el escudo de Pallas y le había mostrado la cabeza de la Gorgona. Parecía convertido en piedra, y su rostro era como el mármol en su melancolía. Había vivido la vida delicada y lujosa de un joven de nacimiento y fortuna, una vida exquisita en su libertad de cuidados sórdidos, su hermosa despreocupación juvenil; y ahora, por primera vez, era consciente del terrible misterio del Destino, del terrible significado de la Perdición.

¡Qué loco y monstruoso parecía todo! ¿Podría ser que en su mano, en caracteres que él mismo no podía leer, pero que otro podía descifrar, estuviera escrito algún temible secreto de pecado, algún signo rojo de sangre del crimen? ¿No había escapatoria posible? ¿No somos más que piezas de ajedrez, movidas por un poder invisible, recipientes que el alfarero moldea a su antojo, para el honor o la vergüenza? Su razón se rebeló contra ello, y sin embargo sintió que una tragedia se cernía sobre él, y que había sido llamado repentinamente a soportar una carga intolerable. Los actores son muy afortunados. Pueden elegir si aparecerán en la tragedia o en la comedia, si sufrirán o se alegrarán, si reirán o derramarán lágrimas. Pero en la vida real es diferente. La mayoría de los hombres y mujeres se ven obligados a interpretar papeles para los que no están cualificados. Nuestros Guildensterns interpretan a Hamlet para nosotros, y nuestros Hamlets tienen que bromear como el Príncipe Hal. El mundo es un escenario, pero la obra está mal representada.

De repente, el señor Podgers entró en la habitación. Al ver a lord Arthur se sobresaltó, y su rostro tosco y gordo adquirió una especie de color amarillo verdoso. Las miradas de los dos hombres se cruzaron y por un momento se hizo el silencio.

"La duquesa se ha dejado aquí uno de sus guantes, lord Arthur, y me ha pedido que se lo lleve", dijo finalmente el señor Podgers. "¡Ah, lo veo en el sofá! Buenas noches".

"Señor Podgers, debo insistir en que me dé una respuesta directa a una pregunta que voy a hacerle".

"En otro momento, Lord Arthur, pero la Duquesa está ansiosa. Me temo que debo ir".

"No debes irte. La Duquesa no tiene prisa".

"A las damas no se les debe hacer esperar, Lord Arthur", dijo el Sr. Podgers, con su sonrisa enfermiza. "El bello sexo suele ser impaciente".

Los labios de Lord Arthur, finamente cincelados, se curvaron con petulante desdén. La pobre duquesa le parecía de muy poca importancia en aquel momento. Atravesó la habitación hasta donde estaba el señor Podgers y le tendió la mano.

"Dígame lo que vio allí", le dijo. "Dígame la verdad. Debo saberla. No soy un niño".

Los ojos del señor Podgers parpadearon detrás de sus gafas de montura dorada, y se movió con inquietud de un pie a otro, mientras sus dedos jugaban nerviosamente con la cadena de un reloj.

"¿Qué le hace pensar que vi algo en su mano, lord Arthur, más de lo que le dije?"

"Sé que lo hiciste, e insisto en que me digas lo que era. Le pagaré. Le daré un cheque de cien libras".

Los ojos verdes brillaron por un momento, y luego se apagaron de nuevo.

"¿Guineas?", dijo por fin el señor Podgers, en voz baja.

"Desde luego. Mañana le enviaré un cheque. ¿Cuál es su club?"

"No tengo ningún club. Es decir, no por el momento. Mi dirección es..., pero permítame que le dé mi tarjeta"; y sacando del bolsillo de su chaleco un trozo de cartulina de borde dorado, el señor Podgers se la entregó, con una leve inclinación, a lord Arthur, que leyó en ella

Sr. SEPTIMUS R. PODGERS

Quiromántico profesional

103a West Moon Street

"Mi horario es de diez a cuatro", murmuró mecánicamente el señor Podgers, "y hago una reducción por familias".

"Date prisa", gritó lord Arthur, muy pálido, y extendiendo la mano.

El señor Podgers miró nerviosamente a su alrededor, y acercó la pesada portería a la puerta.

"Llevará un poco de tiempo, Lord Arthur, será mejor que se siente".

"Sea rápido, señor", volvió a gritar lord Arthur, dando un pisotón furioso en el pulido suelo.

El señor Podgers sonrió, sacó de su bolsillo una pequeña lupa y la limpió cuidadosamente con su pañuelo.

"Estoy listo -dijo-.

CAPÍTULO II

Diez minutos más tarde, con el rostro palidecido por el terror y los ojos desorbitados por el dolor, lord Arthur Savile salió corriendo de Bentinck House, abriéndose paso a través de la multitud de lacayos abrigados con pieles que rodeaban el gran toldo a rayas, y pareciendo no ver ni oír nada. La noche era muy fría, y las lámparas de gas que rodeaban la plaza brillaban y parpadeaban con el fuerte viento; pero sus manos estaban calientes por la fiebre y su frente ardía como el fuego. Avanzaba sin cesar, casi con la marcha de un borracho. Un policía lo miraba con curiosidad al pasar, y un mendigo, que se deslizaba desde un arco para pedir limosna, se asustó al ver una miseria mayor que la suya. Una vez se detuvo bajo una lámpara y se miró las manos. Creyó detectar la mancha de sangre en ellas, y un débil grito brotó de sus temblorosos labios.

Asesinato! Eso es lo que el quiromántico había visto allí. ¡Asesinato! La misma noche parecía saberlo, y el viento desolado lo aullaba en su oído. Los oscuros rincones de las calles estaban llenos de él. Le sonreía desde los tejados de las casas.

Primero llegó al Parque, cuyo sombrío bosque parecía fascinarle. Se apoyó cansadamente en la barandilla, refrescando su frente contra el metal húmedo, y escuchando el trémulo silencio de los árboles. "¡Asesinato!

¡Asesinato!", repetía una y otra vez, como si la iteración pudiera atenuar el horror de la palabra. El sonido de su propia voz le hacía estremecerse, pero casi esperaba que Eco le oyera y despertara a la adormecida ciudad de sus sueños. Sintió un loco deseo de detener al casual transeúnte y contarle todo.

Entonces atravesó Oxford Street y se adentró en callejones estrechos y vergonzosos. Dos mujeres con la cara pintada se burlaron de él al pasar. De un patio oscuro llegó un sonido de juramentos y golpes, seguido de gritos estridentes, y, acurrucado en el umbral de una puerta húmeda, vio las formas encorvadas de la pobreza y la vejez. Se apoderó de él una extraña piedad. ¿Estaban estos hijos del pecado y la miseria predestinados a su fin, como él al suyo? ¿Eran, como él, meras marionetas de un espectáculo monstruoso?

Y, sin embargo, no era el misterio, sino la comedia del sufrimiento lo que le impresionaba; su absoluta inutilidad, su grotesca falta de sentido. ¡Qué incoherente parecía todo! ¡Qué falta de armonía! Le asombraba la discordia entre el superficial optimismo de la época y los hechos reales de la existencia. Era todavía muy joven.

Al cabo de un rato se encontró frente a la iglesia de Marylebone. La silenciosa calzada parecía una larga cinta de plata pulida, salpicada aquí y allá por los oscuros arabescos de las sombras ondulantes. A lo lejos, la línea de lámparas de gas parpadeantes, y en el exterior de una pequeña casa amurallada se encontraba un solitario carruaje, cuyo conductor dormía en su interior. Caminaba apresuradamente en dirección a Portland Place, mirando de vez en cuando a su alrededor, como si temiera que le siguieran. En la esquina de Rich Street había dos hombres leyendo un pequeño billete en una valla. Un extraño sentimiento de curiosidad lo estimuló, y cruzó la calle. Al acercarse, la palabra "Asesinato", impresa en letras negras, le llamó la atención. Se sobresaltó, y un profundo rubor apareció en su mejilla. Era un anuncio en el que se ofrecía una recompensa por cualquier información que condujera a la detención de un hombre de mediana estatura, de entre

treinta y cuarenta años, que llevaba un sombrero de gallo, un abrigo negro y pantalones de cuadros, y que tenía una cicatriz en la mejilla derecha. Lo leyó una y otra vez, y se preguntó si atraparían a aquel desdichado hombre, y cómo se había hecho la cicatriz. Tal vez, algún día, su propio nombre podría figurar en los muros de Londres. Algún día, tal vez, también se pondría precio a su cabeza.

La idea le hizo sentir horror. Giró sobre sus talones y se apresuró a adentrarse en la noche.

Apenas sabía adónde iba. Tenía un vago recuerdo de haber vagado por un laberinto de casas sórdidas, de haberse perdido en una gigantesca red de calles sombrías, y era el amanecer cuando se encontró por fin en Piccadilly Circus. Mientras caminaba hacia Belgrave Square, se encontró con los grandes carros que se dirigían a Covent Garden. Los carreteros, con sus rostros quemados por el sol y su pelo rizado, avanzaban con paso firme, haciendo sonar sus látigos y llamándose de vez en cuando; En el lomo de un enorme caballo gris, líder de un equipo de traqueteo, iba sentado un niño regordete, con un ramo de primulas en su maltrecho sombrero, sujetando fuertemente la crin con sus manitas y riendo; y los grandes montones de verduras parecían masas de jade contra el cielo de la mañana, como masas de jade verde contra los pétalos rosados de alguna rosa maravillosa. Lord Arthur se sintió curiosamente afectado, sin saber por qué. Había algo en la delicada belleza del amanecer que le parecía inexpresablemente patético, y pensó en todos los días que se abren con belleza y que se ponen con tormenta. También estos rústicos, con sus voces ásperas y de buen humor, y sus maneras despreocupadas, ¡qué extraño Londres veían! Un Londres libre del pecado de la noche y del humo del día, una ciudad pálida y fantasmal, una ciudad desolada de tumbas. Se preguntaba qué pensaban de ella, y si sabían algo de su esplendor y de su vergüenza, de sus alegrías feroces y de su hambre horrible, de todo lo que hace y estropea de la mañana a la noche. Probablemente era para ellos un mero mercado al que llevaban sus frutos para venderlos, y en el que se quedaban como mucho unas horas, dejando las calles aún silenciosas, las casas aún dormidas. Le complacía verlos pasar. A pesar de lo rudos que eran, con sus pesados zapatos de clavos

y su andar torpe, traían un poco de aire fresco. Sentía que habían vivido con la naturaleza y que ella les había enseñado la paz. Les envidiaba todo lo que no conocían.

Cuando llegó a Belgrave Square, el cielo era de un azul tenue y los pájaros empezaban a trinar en los jardines.

CAPÍTULO III

Cuando Lord Arthur se despertó eran las doce en punto, y el sol del mediodía se colaba a través de las cortinas de seda de marfil de su habitación. Se levantó y miró por la ventana. Una tenue neblina de calor se cernía sobre la gran ciudad, y los tejados de las casas parecían de plata opaca. En el verde parpadeante de la plaza de abajo, algunos niños revoloteaban como mariposas blancas, y la acera estaba atestada de gente que se dirigía al parque. Nunca la vida le había parecido más hermosa, nunca las cosas del mal le habían parecido más remotas.

Entonces su ayuda de cámara le trajo una taza de chocolate en una bandeja. Después de bebérsela, apartó una pesada portería de felpa color melocotón y pasó al cuarto de baño. La luz se filtraba suavemente desde arriba, a través de finas losas de ónice transparente, y el agua de la pecera de mármol brillaba como una piedra lunar. Se sumergió apresuradamente, hasta que las frescas ondas tocaron la garganta y el cabello, y luego sumergió la cabeza justo debajo, como si quisiera limpiar la mancha de algún recuerdo vergonzoso. Cuando salió se sintió casi en paz. Las exquisitas condiciones físicas del momento lo habían dominado, como de hecho sucede a menudo en el caso de naturalezas muy finamente forjadas, pues los sentidos, como el fuego, pueden purificar tanto como destruir.

Después de desayunar, se tumbó en un diván y encendió un cigarrillo. En la repisa de la chimenea, enmarcada en un delicado brocado antiguo, había una gran fotografía de Sybil Merton, tal como la había visto por primera vez en el baile de Lady Noel. La cabeza, pequeña y de formas exquisitas, estaba ligeramente inclinada hacia un lado, como si la delgada garganta, parecida a un junco, no pudiera soportar la carga de tanta belleza; los labios estaban ligeramente separados, y parecían hechos para la dulce música; y toda la tierna pureza de la niñez miraba con asombro los ojos soñadores. Con su suave y ceñido vestido de crêpe-de-chine, y su gran abanico en forma de hoja, parecía una de esas delicadas figuritas que los hombres encuentran en los olivares cercanos a Tanagra; y había un toque de gracia griega en su pose y actitud. Sin embargo, no era menuda. Simplemente estaba perfectamente proporcionada, algo raro en una época en la que tantas mujeres son de tamaño natural o insignificantes.

Ahora, mientras Lord Arthur la miraba, se llenó de la terrible lástima que nace del amor. Sintió que casarse con ella, con la condena del asesinato pendiendo sobre su cabeza, sería una traición como la de Judas, un pecado peor que cualquiera de los que los Borgia habían soñado. ¿Qué felicidad podría haber para ellos, cuando en cualquier momento podría ser llamado a cumplir la horrible profecía escrita en su mano? ¿Qué vida tendrían mientras el destino mantuviera esa temible fortuna en la balanza? El matrimonio debía posponerse a toda costa. De esto estaba completamente decidido. Aunque amaba ardientemente a la muchacha, y el mero contacto de sus dedos, cuando se sentaban juntos, hacía que cada nervio de su cuerpo se estremeciera de exquisita alegría, reconocía con toda claridad dónde estaba su deber, y era plenamente consciente de que no tenía derecho a casarse hasta que hubiera cometido el asesinato. Hecho esto, podía estar ante el altar con Sybil Merton y entregar su vida en sus manos sin temor a cometer un error. Hecho esto, podría tomarla en sus brazos, sabiendo que ella nunca tendría que sonrojarse por él, nunca tendría que agachar la cabeza de vergüenza. Pero primero debía hacerse; y cuanto antes, mejor para ambos.

Muchos hombres en su posición habrían preferido el camino de rosas del coqueteo a las esarpadas alturas del deber; pero Lord Arthur era demasiado

concienzudo para poner el placer por encima de los principios. Había algo más que mera pasión en su amor; y Sybil era para él un símbolo de todo lo que es bueno y noble. Por un momento sintió una natural repugnancia por lo que se le pedía que hiciera, pero pronto se le pasó. Su corazón le decía que no era un pecado, sino un sacrificio; su razón le recordaba que no había otro camino. Tenía que elegir entre vivir para sí mismo y vivir para los demás, y aunque la tarea que se le encomendaba era sin duda terrible, sabía que no debía permitir que el egoísmo triunfara sobre el amor. Tarde o temprano, todos estamos llamados a decidir sobre la misma cuestión; a todos se nos plantea la misma pregunta. A Lord Arthur le llegó pronto, antes de que su naturaleza se viera estropeada por el cinismo calculador de la edad madura, o de que su corazón se viera corroído por el egoísmo superficial y de moda de nuestros días, y no dudó en cumplir con su deber. Afortunadamente para él, no era un mero soñador, ni un ocioso diletante. Si lo hubiera sido, habría dudado, como Hamlet, y dejado que la irresolución estropeará su propósito. Pero era esencialmente práctico. La vida para él significaba acción, más que pensamiento. Tenía lo más raro de todo, el sentido común.

Los sentimientos salvajes y turbios de la noche anterior se habían disipado por completo, y era casi con un sentimiento de vergüenza que miraba hacia atrás a sus locos vagabundeos de calle en calle, a su feroz agonía emocional. La propia sinceridad de sus sufrimientos le hacía parecer ahora irreales. Se preguntaba cómo había podido ser tan insensato como para despotricar de lo inevitable. La única cuestión que parecía preocuparle era la de a quién hacer desaparecer, pues no se le escapaba el hecho de que el asesinato, al igual que las religiones del mundo pagano, requiere tanto una víctima como un sacerdote. Como no era un genio, no tenía enemigos y, de hecho, pensó que no era el momento de gratificar cualquier pique o disgusto personal, ya que la misión en la que estaba comprometido era de gran y grave solemnidad. Por lo tanto, hizo una lista de sus amigos y parientes en una hoja de papel y, después de considerarlo cuidadosamente, se decidió por Lady Clementina Beauchamp, una anciana muy querida que vivía en Curzon Street y era su propia prima segunda por parte de su madre. Siempre le había gustado mucho Lady Clem, como todo el mundo la llamaba, y como él mismo era muy rico, ya que había recibido todas las propiedades de lord Rugby cuando alcanzó la mayoría de edad, no había posibilidad de que ob-

tuviera ninguna vulgar ventaja monetaria con su muerte. De hecho, cuanto más pensaba en el asunto, más le parecía que ella era la persona adecuada y, sintiendo que cualquier retraso sería injusto para Sybil, decidió hacer sus arreglos de inmediato.

Lo primero que había que hacer era, por supuesto, llegar a un acuerdo con el quiromántico; así que se sentó en una pequeña mesa de escribir She-
raton que estaba cerca de la ventana, extendió un cheque de 105 libras, a la orden del señor Septimus Podgers, y, metiéndolo en un sobre, le dijo a su criado que lo llevara a West Moon Street. Luego llamó por teléfono a los establos para pedir su carruaje y se vistió para salir. Cuando salía de la habitación, volvió a mirar la fotografía de Sybil Merton y juró que, pasara lo que pasara, nunca le haría saber lo que estaba haciendo por ella, sino que mantendría el secreto de su abnegación siempre oculto en su corazón.

De camino al Buckingham, se detuvo en una floristería y le envió a Sybil una hermosa cesta de narcisos, con preciosos pétalos blancos y ojos de faisán, y al llegar al club, se dirigió directamente a la biblioteca, tocó el timbre y ordenó al camarero que le trajera un refresco con limón y un libro de Toxicología. Había decidido plenamente que el veneno era el mejor medio a adoptar en este problemático asunto. Cualquier cosa parecida a la violencia personal le resultaba extremadamente desagradable y, además, estaba muy ansioso por no asesinar a lady Clementina de ninguna manera que pudiera atraer la atención del público, ya que odiaba la idea de que le dieran bombo en casa de lady Windermere, o de ver su nombre figurando en los párrafos de los vulgares periódicos de sociedad. También tenía que pensar en el padre y la madre de Sybil, que eran personas bastante anticuadas, y posiblemente se opondrían al matrimonio si se producía algo parecido a un escándalo, aunque estaba seguro de que si les contaba todos los hechos del caso serían los primeros en apreciar los motivos que le habían movido. Por lo tanto, tenía todas las razones para decidirse por el veneno. Era seguro y silencioso, y eliminaba la necesidad de escenas dolorosas, a las que, como la mayoría de los ingleses, tenía una arraigada objeción.

Sin embargo, no sabía absolutamente nada de la ciencia de los venenos, y como el camarero parecía incapaz de encontrar en la biblioteca nada más que la Guía de Ruff y la Revista de Bailey, examinó los estantes de libros por sí mismo, y finalmente dio con una edición de la Farmacopea muy bien encuadernada, y un ejemplar de Toxicología de Erskine, editado por Sir Mathew Reid, el Presidente del Real Colegio de Médicos, y uno de los miembros más antiguos del Buckingham, que había sido elegido por error en lugar de otra persona; un contratiempo que enfureció tanto al Comité, que cuando se presentó el verdadero hombre, lo expulsaron por unanimidad. Lord Arthur estaba bastante desconcertado por los términos técnicos utilizados en ambos libros, y había empezado a lamentar no haber prestado más atención a sus clásicos en Oxford, cuando en el segundo volumen de Erskine, encontró un relato muy interesante y completo de las propiedades de la aconitina, escrito en un inglés bastante claro. Le pareció que era exactamente el veneno que quería. Era rápido -de hecho, casi inmediato, en su efecto-, perfectamente indoloro, y cuando se tomaba en forma de cápsula de gelatina, el modo recomendado por Sir Mathew, no era en absoluto desagradable. En consecuencia, anotó en el puño de su camisa la cantidad necesaria para una dosis mortal, devolvió los libros a su sitio y se dirigió a Pestle and Humbey's, los grandes farmacéuticos, a St. El señor Pestle, que siempre atendía personalmente a la aristocracia, se sorprendió mucho ante el pedido, y de manera muy deferente murmuró algo sobre la necesidad de un certificado médico. Sin embargo, en cuanto Lord Arthur le explicó que era para un gran mastín noruego del que se veía obligado a deshacerse, ya que mostraba signos de rabia incipiente, y ya había mordido al cochero dos veces en la pantorrilla de la pierna, se mostró perfectamente satisfecho, felicitó a Lord Arthur por sus maravillosos conocimientos de Toxicología, e hizo preparar la receta inmediatamente.

Lord Arthur puso la cápsula en una bonita bombonera de plata que vio en un escaparate de Bond Street, tiró el feo pastillero de Pestle y Hambey y se dirigió inmediatamente a casa de Lady Clementina.

"Bueno, monsieur le mauvais sujet", gritó la anciana al entrar en la habitación, "¿por qué no ha venido a verme en todo este tiempo?"

"Mi querida Lady Clem, nunca tengo un momento para mí", dijo Lord Arthur, sonriendo.

"¿Supongo que quiere decir que se pasa todo el día con la señorita Sybil Merton, comprando chifladuras y diciendo tonterías? No puedo entender por qué la gente hace tanto alboroto por estar casada. En mis tiempos nunca soñábamos con facturar y arrullar en público, o en privado para el caso."

"Le aseguro que no he visto a Sybil desde hace veinticuatro horas, Lady Clem. Por lo que puedo entender, ella pertenece enteramente a sus molineros".

"Por supuesto; esa es la única razón por la que viene a ver a una vieja fea como yo. Me sorprende que ustedes, los hombres, no tomen precauciones. On a fait des folies pour moi, y aquí estoy, una pobre criatura reumática, con una falsa fachada y un mal carácter. Si no fuera por la querida señora Jansen, que me envía todas las peores novelas francesas que puede encontrar, no creo que pudiera pasar el día. Los médicos no sirven para nada, excepto para sacarle honorarios a uno. Ni siquiera pueden curar mi acidez".

"Le he traído una cura para eso, Lady Clem", dijo Lord Arthur con gravedad. "Es una cosa maravillosa, inventada por un americano".

"Creo que no me gustan los inventos americanos, Arthur. Estoy segura de que no me gustan. He leído algunas novelas americanas últimamente, y eran bastante disparatadas".

"¡Oh, pero esto no tiene ningún sentido, Lady Clem! Le aseguro que es una cura perfecta. Debe prometerme que lo probará"; y Lord Arthur sacó la

cajita de su bolsillo y se la entregó.

"Bueno, la caja es encantadora, Arthur. ¿Es realmente un regalo? Es muy amable de tu parte. ¿Y es ésta la maravillosa medicina? Parece un bombón. Lo tomaré de inmediato".

"¡Santo cielo! Lady Clem", gritó Lord Arthur, agarrando su mano, "no debe hacer nada de eso. Es una medicina homeopática, y si la toma sin tener acidez, podría hacerle mucho daño. Espere a tener un ataque y tómelo entonces. Te sorprenderá el resultado".

"Me gustaría tomarlo ahora", dijo Lady Clementina, sosteniendo a la luz la pequeña cápsula transparente, con su burbuja flotante de aconitina líquida. Estoy segura de que es deliciosa. Lo cierto es que, aunque odio a los médicos, me encantan las medicinas. Sin embargo, la guardaré hasta mi próximo ataque".

"¿Y cuándo será eso?", preguntó Lord Arthur con entusiasmo. "¿Será pronto?"

"Espero que no sea hasta dentro de una semana. Lo pasé muy mal ayer por la mañana. Pero uno nunca sabe".

"¿Seguro que tendrá uno antes de fin de mes, Lady Clem?"

"Me temo que sí. ¡Pero qué comprensivo estás hoy, Arthur! Realmente, Sybil te ha hecho mucho bien. Y ahora debes irte, porque estoy cenando con gente muy aburrida, que no quiere hablar de escándalos, y sé que si no duermo ahora no podré mantenerme despierta durante la cena. Adiós, Arthur, dale recuerdos a Sybil, y muchas gracias por la medicina americana".

"No se olvidará de tomarla, Lady Clem, ¿verdad?" dijo Lord Arthur, levantándose de su asiento.

"Por supuesto que no, muchacho tonto. Creo que es muy amable de su parte pensar en mí, y le escribiré para decirle si quiero más".

Lord Arthur salió de la casa con mucho ánimo y con una sensación de inmenso alivio.

Esa noche se entrevistó con Sybil Merton. Le contó cómo se había visto repentinamente en una posición de terrible dificultad, de la que ni el honor ni el deber le permitirían apartarse. Le dijo que el matrimonio debía posponerse por el momento, ya que hasta que no se deshiciera de sus temibles enredos, no era un hombre libre. Le imploró que confiara en él y que no tuviera dudas sobre el futuro. Todo se arreglaría, pero había que tener paciencia.

La escena tuvo lugar en el invernadero de la casa del señor Merton, en Park Lane, donde Lord Arthur había cenado como de costumbre. Sybil nunca había parecido tan feliz, y por un momento Lord Arthur estuvo tentado de hacer el papel de cobarde, escribir a Lady Clementina para pedirle la píldora y dejar que el matrimonio siguiera adelante como si no existiera en el mundo el señor Podgers. Sin embargo, su mejor naturaleza no tardó en imponerse, e incluso cuando Sybil se arrojó llorando a sus brazos, él no vaciló. La belleza que despertaba sus sentidos había tocado también su conciencia. Sintió que arruinar una vida tan bella por el placer de unos pocos meses sería un error.

Se quedó con Sybil hasta casi la medianoche, consolándola y siendo consolado a su vez, y a la mañana siguiente partió temprano hacia Venecia, des-

pués de escribir una carta varonil y firme al señor Merton sobre el necesario aplazamiento del matrimonio.

CAPÍTULO IV

En Venecia se encontró con su hermano, lord Surbiton, que casualmente había llegado de Corfú en su yate. Los dos jóvenes pasaron juntos una deliciosa quincena. Por la mañana paseaban por el Lido, o se deslizaban por los verdes canales en su larga góndola negra; por la tarde solían entretener a los visitantes en el yate; y por la noche cenaban en Florian "s, y fumaban innumerables cigarrillos en la Piazza. Sin embargo, Lord Arthur no era feliz. Todos los días estudiaba la columna de obituarios del Times, esperando ver una noticia sobre la muerte de lady Clementina, pero todos los días se sentía decepcionado. Empezó a temer que le hubiera ocurrido algún accidente, y a menudo lamentaba haberle impedido tomar la aconitina cuando ella estaba tan ansiosa por probar su efecto. También las cartas de Sybil, aunque llenas de amor, confianza y ternura, eran a menudo muy tristes en su tono, y a veces pensaba que se había separado de ella para siempre.

Al cabo de quince días, lord Surbiton se aburrió de Venecia y decidió bajar por la costa hasta Rávena, pues había oído que en el Pinetum había una gran cacería de gallos. Lord Arthur se negó al principio a venir, pero Surbiton, a quien apreciaba mucho, le convenció finalmente de que si se quedaba solo en casa de Danieli se moriría de miedo, y la mañana del 15 partieron, con un fuerte viento del noreste y un mar bastante agitado. El deporte fue excelente, y la vida libre y al aire libre devolvió el color a las mejillas de

lord Arthur, pero hacia el día 22 se preocupó por lady Clementina y, a pesar de las protestas de Surbiton, regresó a Venecia en tren.

Cuando bajó de su góndola a la escalinata del hotel, el propietario salió a su encuentro con un fajo de telegramas. Lord Arthur se los arrebató de la mano y los abrió. Todo había sido un éxito. Lady Clementina había muerto repentinamente en la noche del 17.

Su primer pensamiento fue para Sybil, y le envió un telegrama anunciando su inmediato regreso a Londres. A continuación, ordenó a su ayuda de cámara que empaquetara sus cosas para el correo nocturno, envió a sus gondoleros unas cinco veces su tarifa correspondiente y subió corriendo a su salón con paso ligero y corazón alegre. Allí encontró tres cartas esperándolo. Una era de la propia Sybil, llena de simpatía y condolencias. Las otras eran de su madre y del abogado de Lady Clementina. Al parecer, la anciana había cenado con la duquesa aquella misma noche, y había deleitado a todos con su ingenio y su espíritu, pero se había ido a casa algo temprano, quejándose de acidez. Por la mañana la encontraron muerta en su cama, sin haber sufrido aparentemente ningún dolor. Se llamó inmediatamente a Sir Mathew Reid, pero, por supuesto, no se pudo hacer nada y fue enterrada el día 22 en Beauchamp Chalcote. Pocos días antes de morir, había hecho su testamento y había dejado a lord Arthur su pequeña casa de Curzon Street, así como todos sus muebles, efectos personales y cuadros, con la excepción de su colección de miniaturas, que iría a parar a su hermana, lady Margaret Rufford, y su collar de amatista, que se quedaría Sybil Merton. Los bienes no eran de gran valor, pero el señor Mansfield, el abogado, estaba muy interesado en que lord Arthur regresara de inmediato, si era posible, ya que había muchas facturas que pagar y lady Clementina nunca había llevado una contabilidad regular.

Lord Arthur se sintió muy conmovido por el amable recuerdo que Lady Clementina tenía de él, y pensó que el señor Podgers tenía mucho que responder. Sin embargo, su amor por Sybil dominaba cualquier otra emoción,

y la conciencia de que había cumplido con su deber le daba paz y consuelo. Cuando llegó a Charing Cross, se sintió perfectamente feliz.

Los Merton lo recibieron muy amablemente. Sybil le hizo prometer que nunca más permitiría que nada se interpusiera entre ellos, y el matrimonio quedó fijado para el 7 de junio. La vida le pareció una vez más brillante y hermosa, y toda su antigua alegría volvió a él.

Un día, sin embargo, mientras revisaba la casa de Curzon Street, en compañía del abogado de Lady Clementina y de la propia Sybil, quemando paquetes de cartas descoloridas y sacando cajones de basura extraña, la joven dio de repente un pequeño grito de alegría.

"¿Qué has encontrado, Sybil?", dijo lord Arthur, levantando la vista de su trabajo y sonriendo.

"Esta preciosa bombonera de plata, Arthur. ¿No es pintoresca y holandesa? Dámela. Sé que las amatistas no me sentarán bien hasta que tenga más de ochenta años".

Era la caja que contenía la aconitina.

Lord Arthur se sobresaltó y un leve rubor apareció en su mejilla. Había olvidado casi por completo lo que había hecho, y le pareció una curiosa coincidencia que Sybil, por cuya causa había pasado toda aquella terrible ansiedad, fuera la primera en recordárselo.

"Por supuesto que puedes tenerlo, Sybil. Yo misma se lo di a la pobre Lady Clem".

"¡Oh! gracias, Arthur; ¿y puedo tener también el bombón? No sabía que a Lady Clementina le gustaran los dulces. Pensaba que era demasiado intelectual".

Lord Arthur se puso mortalmente pálido, y una idea horrible cruzó su mente.

"¿Bombón, Sybil? ¿Qué quieres decir?", dijo con voz lenta y ronca.

"Hay uno en él, eso es todo. Parece bastante viejo y polvoriento, y no tengo la menor intención de comerlo. ¿Qué pasa, Arthur? ¿Qué blanco estás".

Lord Arthur se apresuró a cruzar la habitación y cogió la caja. En su interior estaba la cápsula de color ámbar, con su burbuja de veneno. Después de todo, Lady Clementina había tenido una muerte natural.

La conmoción del descubrimiento fue casi demasiado para él. Arrojó la cápsula al fuego y se hundió en el sofá con un grito de desesperación.

CAPÍTULO V

El señor Merton se sintió muy afligido por el segundo aplazamiento del matrimonio, y lady Julia, que ya había encargado su vestido para la boda, hizo todo lo posible para que Sybil rompiera el compromiso. Sin embargo, por mucho que Sybil amara a su madre, había entregado toda su vida en manos de lord Arthur, y nada de lo que dijera lady Julia podría hacerla vacilar en su fe. En cuanto al propio lord Arthur, tardó días en superar su terrible decepción, y durante un tiempo sus nervios estuvieron completamente alterados. Sin embargo, su excelente sentido común no tardó en imponerse, y su mente sana y práctica no le dejó mucho tiempo con dudas sobre lo que debía hacer. Dado que el veneno había fracasado por completo, la dinamita, o alguna otra forma de explosivo, era obviamente lo que había que probar.

En consecuencia, volvió a revisar la lista de sus amigos y parientes y, después de una cuidadosa consideración, decidió volar a su tío, el decano de Chichester. El decano, que era un hombre de gran cultura y erudición, era extremadamente aficionado a los relojes, y tenía una maravillosa colección de relojes, que abarcaban desde el siglo XV hasta la actualidad, y a Lord Arthur le pareció que esta afición del buen decano le ofrecía una excelente oportunidad para llevar a cabo su plan. Dónde conseguir una máquina explosiva era, por supuesto, un asunto muy distinto. El Directorio de Londres no le proporcionó ninguna información al respecto, y pensó que era muy poco útil acudir a Scotland Yard en este sentido, ya que nunca parecían sa-

ber nada sobre los movimientos de la facción de la dinamita hasta después de que se hubiera producido una explosión, y no mucho incluso entonces.

De repente pensó en su amigo Rouvaloff, un joven ruso de tendencias muy revolucionarias, al que había conocido en casa de Lady Windermere en invierno. Se suponía que el conde Rouvaloff estaba escribiendo una vida de Pedro el Grande, y que había venido a Inglaterra con el propósito de estudiar los documentos relativos a la residencia del zar en este país como carpintero de barcos; pero en general se sospechaba que era un agente nihilista, y no cabía duda de que la embajada rusa no veía con buenos ojos su presencia en Londres. Lord Arthur pensó que era el hombre adecuado para su propósito, y se dirigió una mañana a su alojamiento en Bloomsbury, para pedirle consejo y ayuda.

"¿Así que se dedica usted a la política en serio?", dijo el conde Rouvaloff, cuando lord Arthur le hubo explicado el objeto de su misión; pero lord Arthur, que odiaba cualquier tipo de fanfarronería, se sintió obligado a admitirle que no tenía el menor interés en las cuestiones sociales, y que simplemente quería la máquina explosiva para un asunto puramente familiar, en el que nadie estaba implicado más que él.

El conde Rouvaloff le miró durante unos instantes con asombro, y luego, viendo que hablaba muy en serio, escribió una dirección en un papel, lo rubricó y se lo entregó al otro lado de la mesa.

"Scotland Yard daría mucho por conocer esta dirección, mi querido amigo".

"No la tendrán", gritó lord Arthur, riendo; y tras estrechar calurosamente la mano del joven ruso, bajó corriendo las escaleras, examinó el papel y le dijo al cochero que condujera hasta Soho Square.

Allí lo despidió, y paseó por Greek Street, hasta llegar a un lugar llamado Bayle "s Court. Pasó por debajo del arco, y se encontró en un curioso callejón sin salida, que aparentemente estaba ocupado por una lavandería francesa, ya que una perfecta red de tendederos se extendía de casa en casa, y había un revoloteo de ropa blanca en el aire de la mañana. Caminó hasta el final y llamó a una pequeña casa verde. Después de un tiempo, durante el cual todas las ventanas del patio se convirtieron en una masa borrosa de rostros que miraban, le abrió la puerta un extranjero de aspecto bastante tosco, que le preguntó en un inglés muy malo cuál era su negocio. Lord Arthur le entregó el papel que le había dado el conde Rouvaloff. Cuando el hombre lo vio, se inclinó e invitó a lord Arthur a pasar a un salón delantero de la planta baja que estaba muy deteriorado, y en unos momentos Herr Winckelkopf, como se le llamaba en Inglaterra, entró en la habitación con una servilleta muy manchada de vino alrededor del cuello y un tenedor en la mano izquierda.

"El conde Rouvaloff me ha presentado a usted -dijo lord Arthur, inclinándose-, y estoy deseando tener una breve entrevista con usted sobre un asunto de negocios. Me llamo Smith, señor Robert Smith, y quiero que me suministre un reloj explosivo".

"Encantado de conocerle, Lord Arthur," dijo el pequeño y genial alemán, riendo. "No parezca tan alarmado, es mi deber conocer a todo el mundo, y recuerdo haberle visto una noche en casa de Lady Windermere. Espero que su señoría esté bien. ¿Le importaría sentarse conmigo mientras termino mi desayuno? Hay un paté excelente, y mis amigos tienen la amabilidad de decir que mi vino del Rin es mejor que cualquiera de los que se consiguen en la embajada alemana", y antes de que lord Arthur superara su sorpresa por haber sido reconocido, se encontró sentado en la trastienda, sorbiendo el más delicioso Marcobrunner de una copa amarilla pálida marcada con el monograma imperial, y charlando de la manera más amistosa posible con el famoso conspirador.

"Los relojes explosivos", dijo Herr Winckelkopf, "no son muy buenos para la exportación al extranjero, ya que, incluso si logran pasar la aduana, el servicio de trenes es tan irregular, que suelen estallar antes de llegar a su destino. Sin embargo, si desea uno para uso doméstico, puedo suministrarle un artículo excelente, y le garantizo que quedará satisfecho con el resultado. ¿Puedo preguntar a quién va dirigido? Si es para la policía o para alguien relacionado con Scotland Yard, me temo que no puedo hacer nada por usted. Los detectives ingleses son realmente nuestros mejores amigos, y siempre he comprobado que confiando en su estupidez, podemos hacer exactamente lo que queremos. No podría prescindir de uno de ellos".

"Le aseguro", dijo lord Arthur, "que no tiene nada que ver con la policía en absoluto. De hecho, el reloj está destinado al decano de Chichester".

"¡Caramba! No tenía ni idea de que sintiera usted tanto por la religión, lord Arthur. Pocos jóvenes lo hacen hoy en día".

"Me temo que me sobrevalora, Herr Winckelkopf", dijo Lord Arthur, ruborizándose. "El hecho es que realmente no sé nada de teología".

"¿Es un asunto puramente privado entonces?"

"Puramente privado".

Herr Winckelkopf se encogió de hombros y salió de la habitación, regresando a los pocos minutos con una torta redonda de dinamita del tamaño de una moneda de un centavo y un bonito reloj francés, coronado por una figura de ormolina de la Libertad pisoteando a la hidra del Despotismo.

El rostro de Lord Arthur se iluminó cuando lo vio. "Eso es justo lo que quiero", gritó, "y ahora dime cómo funciona".

"¡Ah! ahí está mi secreto", contestó Herr Winckelkopf, contemplando su invento con una justificada mirada de orgullo; "dígame cuándo desea que explote, y yo ajustaré la máquina al momento".

"Bueno, hoy es martes, y si pudiera enviarlo de inmediato..."

"Eso es imposible; tengo mucho trabajo importante para unos amigos míos en Moscú. Sin embargo, podría enviarlo mañana".

"¡Oh, será tiempo suficiente!", dijo amablemente lord Arthur, "si se entrega mañana por la noche o el jueves por la mañana. Para el momento de la explosión, digamos el viernes al mediodía exactamente. El decano siempre está en casa a esa hora".

"Viernes, a mediodía", repitió Herr Winckelkopf, y anotó en ese sentido en un gran libro de contabilidad que estaba sobre una mesa cerca de la chimenea.

"Y ahora", dijo lord Arthur, levantándose de su asiento, "le ruego que me haga saber cuánto le debo".

"Es un asunto tan pequeño, lord Arthur, que no me importa hacer ningún cargo. La dinamita cuesta siete y seis peniques, el reloj tres libras y diez, y el carruaje unos cinco chelines. Estoy encantado de complacer a cualquier amigo del Conde Rouvaloff".

"¿Pero su problema, Herr Winckelkopf?"

"¡Oh, eso no es nada! Es un placer para mí. No trabajo por dinero; vivo enteramente para mi arte".

Lord Arthur depositó 4,2 libras esterlinas. 6d. sobre la mesa, agradeció al pequeño alemán su amabilidad, y, habiendo logrado rechazar una invitación para reunirse con algunos anarquistas en un té de carne el sábado siguiente, dejó la casa y se fue al Parque.

Durante los dos días siguientes estuvo en un estado de gran excitación, y el viernes a las doce en punto se dirigió al Buckingham para esperar noticias. Durante toda la tarde, el robusto portero del vestíbulo no dejó de enviar telegramas de diversas partes del país, informando de los resultados de las carreras de caballos, de los veredictos de los juicios de divorcio, del estado del tiempo, etc., mientras que la cinta magnetofónica emitía cansinos detalles sobre una sesión nocturna en la Cámara de los Comunes y un pequeño pánico en la Bolsa. A las cuatro llegaron los periódicos de la tarde, y lord Arthur desapareció en la biblioteca con el Pall Mall, el St. James, el Globe y el Echo, ante la inmensa indignación del coronel Goodchild, que quería leer los informes de un discurso que había pronunciado esa mañana en la Mansion House, sobre el tema de las misiones sudafricanas y la conveniencia de tener obispos negros en todas las provincias, y que por una u otra razón tenía fuertes prejuicios contra el Evening News. Sin embargo, ninguno de los periódicos contenía la más mínima alusión a Chichester, y Lord Arthur sintió que el intento debía haber fracasado. Fue un golpe terrible para él, y durante un tiempo se sintió bastante desconcertado. El señor Winckelkopf, al que fue a ver al día siguiente, se disculpó de forma muy elaborada y se ofreció a suministrarle otro reloj gratuitamente o una caja de bombas de nitroglicerina a precio de coste. Pero había perdido toda la fe en los explosivos, y el propio Herr Winckelkopf reconoció que hoy en día todo está tan adulterado, que ni siquiera la dinamita puede conseguirse en estado

puro. El pequeño alemán, sin embargo, aunque admitía que algo debía de haber fallado en la maquinaria, no dejaba de tener esperanzas de que el reloj pudiera seguir funcionando, y puso como ejemplo el caso de un barómetro que había enviado una vez al gobernador militar de Odessa, que, aunque estaba programado para explotar en diez días, no lo había hecho desde hacía algo así como tres meses. Es cierto que, cuando estalló, sólo consiguió hacer estallar a una empleada doméstica, ya que el Gobernador se había marchado de la ciudad seis semanas antes, pero al menos demostró que la dinamita, como fuerza destructiva, era, cuando estaba bajo el control de la maquinaria, un agente poderoso, aunque algo impuntual. Lord Arthur se consoló un poco con esta reflexión, pero incluso en este punto estaba destinado a la decepción, pues dos días después, cuando subía las escaleras, la duquesa lo llamó a su tocador y le mostró una carta que acababa de recibir del decanato.

"Jane escribe cartas encantadoras -dijo la duquesa-; realmente debes leer su última. Es tan buena como las novelas que nos envía Mudie".

Lord Arthur le arrebató la carta de la mano. Decía lo siguiente:-

El Decanato, Chichester,

27 de mayo.

Mi queridísima tía,

Muchas gracias por la franela para la Sociedad Dorcas, y también por la guinga. Estoy de acuerdo contigo en que es una tontería que quieran llevar cosas bonitas, pero todo el mundo es tan radical e irreligioso hoy en día, que es difícil hacerles ver que no deberían intentar vestirse como las clases altas. Estoy seguro de que no sé a qué estamos llegando. Como papá ha dicho a menudo en sus sermones, vivimos en una época de incredulidad.

Nos hemos divertido mucho con un reloj que un admirador desconocido le envió a papá el jueves pasado. Llegó en una caja de madera desde Londres, a portes pagados, y papá cree que debe haber sido enviado por alguien que haya leído su extraordinario sermón, "¿Es la licencia la libertad?", porque en la parte superior del reloj había una figura de mujer, con lo que papá dijo que era el gorro de la libertad en su cabeza. A mí no me pareció muy apropiado, pero papá dijo que era histórico, así que supongo que está bien. Parker lo desempaquetó y papá lo puso en la repisa de la biblioteca, y estábamos todos sentados allí el viernes por la mañana, cuando justo cuando el reloj daba las doce, oímos un ruido de zumbido, una pequeña bocanada de humo salió del pedestal de la figura, y la diosa de la Libertad se cayó y se rompió la nariz con el guardabarros. María se alarmó bastante, pero el aspecto era tan ridículo que James y yo nos echamos a reír, y hasta papá se divirtió. Cuando lo examinamos, descubrimos que era una especie de reloj de alarma y que, si lo ponías a una hora determinada y colocabas un poco de pólvora y un tapón bajo un pequeño martillo, se disparaba cuando querías. Papá dijo que no debía quedarse en la biblioteca, porque hacía ruido, así que Reggie se lo llevó al aula, y no hace más que tener pequeñas explosiones todo el día. ¿Crees que Arthur querrá uno como regalo de bodas? Supongo que están muy de moda en Londres. Papá dice que deberían hacer mucho bien, ya que demuestran que la libertad no puede durar, sino que debe caer. Papá dice que la libertad se inventó en la época de la Revolución Francesa. ¡Qué horrible parece!

Ahora tengo que ir a las Dorcas, donde les leeré tu carta tan instructiva. Cuán cierta es, querida tía, tu idea de que en su rango de vida deben llevar lo que es impropio. Debo decir que es absurda su ansiedad por el vestido, cuando hay tantas cosas más importantes en este mundo y en el próximo. Me alegro mucho de que tu popelín floreado haya quedado tan bien, y de que tu encaje no se haya roto. El miércoles llevaré el satén amarillo que tan amablemente me regalaste, en la casa del obispo, y creo que quedará bien. ¿Llevas moños o no? Jennings dice que todo el mundo lleva lazos ahora, y que la enagua debe tener volantes. Reggie acaba de tener otra explosión, y papá ha ordenado que el reloj sea enviado a los establos. No creo

que a papá le guste tanto como al principio, aunque se siente muy halagado de que le envíen un juguete tan bonito e ingenioso. Demuestra que la gente lee sus sermones y se beneficia de ellos.

Papá te envía su amor, al que se unen James, Reggie y María, y, esperando que la gota del tío Cecil mejore, créeme, querida tía, siempre tu afectuosa sobrina,

Jane Percy.

P.D.: Háblame de los lazos. Jennings insiste en que están de moda.

Lord Arthur parecía tan serio y descontento con la carta, que la duquesa tuvo un ataque de risa.

"Mi querido Arthur", gritó, "¡nunca más te enseñaré una carta de una joven! Pero, ¿qué voy a decir del reloj? Creo que es un invento excelente, y me gustaría tener uno yo misma".

"No pienso mucho en ellos", dijo lord Arthur, con una triste sonrisa, y, tras besar a su madre, salió de la habitación.

Al llegar arriba, se tiró en un sofá y sus ojos se llenaron de lágrimas. Había hecho todo lo posible por cometer ese asesinato, pero en ambas ocasiones había fracasado, y no por culpa suya. Había intentado cumplir con su deber, pero parecía que el propio destino se había convertido en traidor. Le oprimía la sensación de la esterilidad de las buenas intenciones, de la inutilidad de intentar ser bueno. Tal vez, sería mejor romper el matrimonio por completo. Sybil sufriría, es cierto, pero el sufrimiento no podía estropear una naturaleza tan noble como la suya. En cuanto a él, ¿qué importaba?

Siempre hay alguna guerra en la que un hombre puede morir, alguna causa a la que un hombre puede dar su vida, y como la vida no tenía ningún placer para él, la muerte no tenía ningún terror. Dejemos que el destino haga su trabajo. No quiso moverse para ayudarla.

A las siete y media se vistió y bajó al club. Surbiton estaba allí con un grupo de jóvenes, y se vio obligado a cenar con ellos. Su conversación trivial y sus bromas no le interesaban, y tan pronto como le trajeron el café, los dejó, inventando algún compromiso para escaparse. Cuando salía del club, el portero le entregó una carta. Era de Herr Winckelkopf, pidiéndole que bajara la noche siguiente y viera un paraguas explosivo que se disparaba en cuanto se abría. Era el último invento y acababa de llegar de Ginebra. Rompió la carta en pedazos. Había tomado la decisión de no intentar más experimentos. Luego se dirigió al dique del Támesis y se sentó durante horas junto al río. La luna se asomaba a través de una melena de nubes leonadas, como si fuera el ojo de un león, e innumerables estrellas salpicaban la bóveda hueca, como polvo de oro espolvoreado en una cúpula púrpura. De vez en cuando, una barcaza se adentraba en la turbia corriente y se alejaba con la marea, y las señales del ferrocarril cambiaban de verde a escarlata cuando los trenes cruzaban chillando el puente. Al cabo de un rato, las doce resonaron en la alta torre de Westminster, y a cada golpe de la sonora campana la noche parecía temblar. Entonces se apagaron las luces del ferrocarril, quedando una única lámpara que brillaba como un gran rubí en un mástil gigante, y el rugido de la ciudad se hizo más tenue.

A las dos se levantó y se dirigió a Blackfriars. ¡Qué irreal parecía todo! Como un extraño sueño. Las casas del otro lado del río parecían construidas en la oscuridad. Se hubiera dicho que la plata y la sombra habían creado el mundo de nuevo. La enorme cúpula de San Pablo asomaba como una burbuja en el aire oscuro.

Al acercarse a la Aguja de Cleopatra, vio a un hombre inclinado sobre el parapeto y, al acercarse, el hombre levantó la vista y la luz del gas le iluminó el rostro.

Era el señor Podgers, el quiromántico. Nadie podía confundir la cara gorda y flácida, las gafas con montura de oro, la sonrisa enfermiza y débil, la boca sensual.

Lord Arthur se detuvo. Se le ocurrió una idea brillante y se acercó suavemente por detrás. En un momento agarró al señor Podgers por las piernas y lo arrojó al Támesis. Se oyó un grosero juramento, un fuerte chapoteo y todo quedó en calma. Lord Arthur miró ansiosamente, pero no pudo ver nada del quiromántico, salvo un sombrero alto que hacía piruetas en un remolino de agua iluminado por la luna. Al cabo de un rato también se hundió, y no quedó rastro del señor Podgers. Una vez creyó ver la voluminosa y deforme figura que se dirigía a la escalera del puente, y se apoderó de él una horrible sensación de fracaso, pero resultó ser sólo un reflejo, y cuando la luna brilló detrás de una nube, desapareció. Por fin parecía haber comprendido el decreto del destino. Lanzó un profundo suspiro de alivio y el nombre de Sybil acudió a sus labios.

"¿Se le ha caído algo, señor?", dijo de repente una voz detrás de él.

Se giró y vio a un policía con una linterna de ojo de buey.

"Nada importante, sargento", contestó sonriendo, y llamando a un coche de alquiler que pasaba por allí, se subió y le dijo al hombre que condujera hasta Belgrave Square.

Durante los días siguientes alternó entre la esperanza y el miedo. Hubo momentos en los que casi esperaba que el señor Podgers entrara en la habitación y, sin embargo, en otros momentos sintió que el destino no podía ser tan injusto con él. Fue dos veces a la dirección del quiromántico en West

Moon Street, pero no se atrevió a tocar el timbre. Ansiaba la certeza y la temía.

Finalmente llegó. Estaba sentado en la sala de fumadores del club tomando el té, y escuchando con bastante cansancio el relato de Surbiton sobre la última canción cómica en el Gaiety, cuando el camarero entró con los periódicos de la tarde. James's, y estaba pasando sus páginas con desgana, cuando le llamó la atención este extraño titular:

Suicidio de un quiromántico.

Se puso pálido de emoción y comenzó a leer. El párrafo decía lo siguiente:

Ayer por la mañana, a las siete, el cuerpo de Mr. Septimus R. Podgers, el eminente quiromántico, fue arrastrado a la orilla de Greenwich, justo delante del Ship Hotel. El desafortunado caballero había desaparecido durante algunos días, y en los círculos quirománticos se había sentido una considerable ansiedad por su seguridad. Se supone que se suicidó bajo la influencia de una enajenación mental temporal, causada por el exceso de trabajo, y el jurado de instrucción emitió esta tarde un veredicto en ese sentido. El Sr. Podgers acababa de terminar un elaborado tratado sobre el tema de la mano humana, que se publicará en breve, cuando sin duda atraerá mucha atención. El fallecido tenía sesenta y cinco años y no parece haber dejado ningún pariente.

Lord Arthur salió corriendo del club con el periódico aún en la mano, ante el inmenso asombro del portero de la sala, que trató en vano de detenerlo, y se dirigió de inmediato a Park Lane. Sybil lo vio desde la ventana, y algo le dijo que era portador de buenas noticias. Bajó corriendo a su encuentro y, al ver su rostro, supo que todo estaba bien.

"Mi querida Sybil", gritó lord Arthur, "¡vamos a casarnos mañana!"

"¡Chico tonto! Ni siquiera se ha encargado el pastel", dijo Sybil, riendo entre lágrimas.

CAPÍTULO VI

Cuando se celebró la boda, unas tres semanas más tarde, San Pedro estaba repleto de una perfecta multitud de gente elegante. El deán de Chichester leyó la misa de la manera más impresionante, y todo el mundo estuvo de acuerdo en que nunca habían visto una pareja más guapa que los novios. Sin embargo, eran más que guapos: eran felices. Lord Arthur no lamentó ni un solo momento todo lo que había sufrido por Sybil, mientras que ella, por su parte, le daba lo mejor que una mujer puede dar a un hombre: adoración, ternura y amor. Para ellos, la realidad no mataba el romance. Siempre se sintieron jóvenes.

Algunos años después, cuando ya habían nacido dos hermosos niños, Lady Windermere fue de visita al Priorato de Alton, un antiguo y encantador lugar que había sido el regalo de bodas del Duque para su hijo; y una tarde, mientras estaba sentada con Lady Arthur bajo un tilo en el jardín, observando al niño y a la niña mientras jugaban arriba y abajo del paseo de las rosas, como si fueran rayos de sol irregulares, de repente tomó la mano de su anfitriona entre las suyas y dijo: "¿Eres feliz, Sybil?".

"Querida Lady Windermere, por supuesto que soy feliz. ¿No lo eres?"

"No tengo tiempo para ser feliz, Sybil. Siempre me gusta la última persona que me presentan; pero, por regla general, en cuanto conozco a la gente me canso de ella".

"¿No le satisfacen sus leones, Lady Windermere?"

"¡Oh, no! Los leones sólo sirven para una temporada. En cuanto se les cortan las crines, son las criaturas más aburridas. Además, se comportan muy mal, si se es realmente amable con ellos. ¿Recuerdas a ese horrible Sr. Podgers? Era un terrible impostor. Por supuesto, no me importaba en absoluto, e incluso cuando quería pedir dinero prestado le perdonaba, pero no podía soportar que me hiciera el amor. Me ha hecho odiar la quiromancia. Ahora opto por la telepatía. Es mucho más divertido".

"No debe decir nada en contra de la quiromancia aquí, Lady Windermere; es el único tema del que a Arthur no le gusta que la gente se burle. Le aseguro que se lo toma muy en serio".

"¿No querrás decir que cree en ella, Sybil?"

"Pregúntele a él, Lady Windermere, aquí está"; y Lord Arthur se acercó al jardín con un gran ramo de rosas amarillas en la mano, y sus dos hijos bailando a su alrededor.

"¿Lord Arthur?"

"Sí, Lady Windermere".

"¿No querrá decir que cree en la quiromancia?"

"Por supuesto que sí", dijo el joven, sonriendo.

"¿Pero por qué?"

"Porque le debo toda la felicidad de mi vida", murmuró, arrojándose a una silla de mimbre.

"Mi querido Lord Arthur, ¿qué le debe usted?"

"A Sybil", respondió él, entregándole a su esposa las rosas y mirándola a los ojos violetas.

"¡Qué tontería!" gritó Lady Windermere. "No he oído semejante tontería en toda mi vida".

1. [CAPÍTULO I](#)
2. [CAPÍTULO II](#)
3. [CAPÍTULO III](#)
4. [CAPÍTULO IV](#)
5. [CAPÍTULO V](#)
6. [CAPÍTULO VI](#)